

TEORIAS EN ECOLOGIA POLITICA

UNA PROPUESTA DE DIALOGO ENTRE SOCIALISMO Y ECOLOGIA: EL NEOPOPULISMO ECOLOGICO

Manuel González de Molina
Eduardo Sevilla Guzmán

Desde un sector del ecologismo académico y, sobre todo, desde organismos para el desarrollo y centros de poder político y financiero internacionales, se vienen utilizando conceptos como «capacidad de sustentación» o «desarrollo sustentable» para corregir las aristas más agudas de la crisis ecológica. Estas iniciativas de carácter «ecoburocrático» tienden a recetar soluciones sin tener en cuenta la centralidad de los fenómenos sociales, corriendo el riesgo de perpetuar la desigualdad y la pobreza, especialmente en el Tercer Mundo, sin por ello solucionar del todo los problemas medioambientales.

No obstante, desde ámbitos y disciplinas concretos se viene haciendo hincapié en la interrelación de la sociedad con la naturaleza. La Agroecología, por ejemplo, ha mostrado que la conservación y la reproducción de los sistemas agrarios está estrechamente relacionado con el tipo de sociedades y las relaciones que en el interior se establecen entre los distintos grupos sociales.¹ De Janvry y otros² han señalado que la pobre-

za efectivamente es causante directa de la degradación ambiental; pero al mismo tiempo señalan que la deforestación o el sobrepastoreo en muchos países del Tercer Mundo no se debe tanto a su escaso nivel de desarrollo como a la dificultad de acceder a la tierra, a la subsistencia y en general a los recursos, producto de unas relaciones sociales que perpetúan su desequilibrada distribución y a las presiones que sobre tales sociedades y países ejercen los países ricos a través de una injusta y desfavorable relación comercial.

Como hemos analizado en otro lugar³, la desigualdad social se encuentra en el trasfondo de la actual crisis ecológica. No vamos a insistir tampoco en la estrecha relación entre crisis económica capitalista y crisis ecológica.⁴ Desde nuestro punto de vista es necesario confrontar con la historia la situación actual para buscar en aquella las razones profundas, los mecanismos fundadores, que han desembocado en la crisis ecológica. Nuestra hipótesis es que la generalización del mercado como mecanismo de

¹ Cfr. sobre el tema Miguel ALTIERI, *Agroecology: The Scientific Basis of Alternative Agriculture*. Boulder: Westview Press, 1987; C.R. CARROL, J.M. VANDERMEER and P.M. ROSSET (Eds), *Agroecology*. New York: MacGraw-Hill, 1990.

² Alain De JANVRY and Raúl GARCIA, «Rural Poverty and Environmental Degradation in Latin America: Causes, Effects and Alternative Solutions». Paper presentado a la *International Consultation on Environmental, Sustainable Development, and The Role of Small Farmers*. International Fund for Agri-

cultural Development, Rome, October 11-13, 1988.

³ Manuel GONZALEZ DE MOLINA y Eduardo SEVILLA GUZMAN, «Ecosociología: elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecológica en la agricultura». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 1990, n.º 52, págs. 7-45.

⁴ James O'CONNOR, «Las condiciones de la producción. Por un marxismo ecológico, una introducción teórica». *Ecología Política*. 1991, n.º 1, págs. 113-130.

asignación de recursos y la dominación sobre las demás de la forma de producción capitalista han generado, andando el tiempo, la actual crisis sin solucionar, sino mas bien perpetuar, la desigualdad social.

SOBRE EL ORIGEN CAPITALISTA DE LA CRISIS ECOLÓGICA

Dado que las actividades humanas que más inciden en el medio son las actividades productivas y dado que aquéllas son resultado de una práctica social «orientada» por unos saberes y una determinada ética, parece conveniente comenzar nuestro análisis en los procesos de trabajo y en las «formas de explotación». Extrapolando los planteamientos de Marx, diríamos que los «procesos de trabajo» constituyen el conjunto de operaciones, ordenadas y sistematizadas por el empleo de un saber específico, que tienen por objeto la transformación de una materia prima (tenga ésta o no trabajo incorporado) en producto con un valor de uso social e históricamente dado, mediante el consumo de una determinada cantidad de energía y materiales y la utilización de los instrumentos o medios de producción adecuados.⁵

Ahora bien, unos procesos de trabajo se diferencian de otros en el carácter que en su seno ejerce la división técnica del trabajo sobre la ordenación de las operaciones y en las características de los instrumentos de trabajo y de los saberes empleados. Es decir, la diferencia se encuentra en las distintas relaciones técnicas de producción,⁶ porque cada proceso de trabajo mantiene unas relaciones específicas de apropiación de la naturaleza o *relaciones ecológicas*. Como decía Marx. «El trabajo es, en pri-

mer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en el que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza». ⁷ En dicho proceso no se crea, pues, únicamente riqueza según mantenía la economía tradicional sino que, como advirtiera Frederick Soddy aplicando la segunda ley de la termodinámica, se consume o se gasta también riqueza en forma de recursos materiales y energéticos.⁸

Por tanto, si todo proceso de trabajo es un proceso de consumo, en su seno se establecen unas determinadas relaciones de apropiación y manejo de los recursos materiales y energéticos que pueden ser renovables o no, o que pueden reproducirse o no en el mismo proceso de trabajo y que, por tanto, pueden hacer mayor o menor la entropía del proceso. No en todos los procesos de trabajo se repone la energía gastada ni se toman en cuenta las externalidades desencadenadas en su ejecución.⁹

Son las relaciones sociales de producción las que establecen derechos (parentesco, derechos políticos, propiedad, etc...) sobre los medios de producción y los recursos materiales y energéticos¹⁰ y ello implica una configuración específica de los procesos de trabajo.

Lo que define a una Forma social de Explotación (en su doble acepción de forma de explotación de los recursos naturales y del trabajo humano) es la forma específica de relación o combinación entre el trabajo humano, los saberes, los recursos naturales y los medios de producción con el fin de producir (transformando y consumiendo tales recursos), distribuir y reproducir los bienes y servicios necesarios en cada momento histórico para la vida. En este sentido, «todo proceso de producción social es

⁵ Para esta cuestión Cfr. Karl MARX, *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968, Tomo I, Capítulo V, págs. 130 y ss. Con ésta y otras citas de Marx que siguen, no se trata de «salvar» a toda costa el pensamiento marxista, sino de mostrar la utilidad que buena parte de su construcción teórica tiene para el análisis de las causas de la crisis ecológica desde una perspectiva emancipatoria.

⁶ Karl MARX, *Ibidem*, pág. 132.

⁷ Karl MARX, *El Capital*, Tomo I, capítulo V, pág. 130.

⁸ Frederick SODDY, *Cartesian Economics*. London: Hendersons, 1922.

⁹ Juan MARTINEZ ALIER, *La economía y la ecología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991; del mismo autor, «Economía y Ecología: cuestiones fundamentales». *Pensamiento Iberoamericano*. 1989, págs. 41-60, y *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona, Icaria, 1992.

¹⁰ Cfr. sobre el particular Enrique LEFF, *Ecología y Capital*. México: UNAM, 1986.

—como decía Marx— al mismo tiempo proceso de reproducción. Las condiciones de la producción son también las de la reproducción...¹¹ Así:

«En cualquier época como en cualquier cultura los seres humanos necesitan guardar bienes y personas del consumo inmediato para ser usados en el futuro en la renovación del ciclo de vida. La forma de esta sustracción al consumo es un proceso diferente, como también las funciones o lo que es sustraído para ser usado después: lo guardado corresponde a bienes necesarios para la reproducción humana, de las ideas, depende de las técnicas, de las normas clasificatorias de personas o ética».¹²

Junto a conceptos morales como el «crimen» o el «pecado» disciplinadores de las personas y reglamentadores del acceso a la tierra:

«el peso de las representaciones que las sociedades elaboran a propósito de su relación con el medio parece haber jugado un papel importante, porque es a partir de estas representaciones cómo estas sociedades actúan sobre el medio. Estas representaciones favorecen, o al contrario ejercen un efecto limitador sobre las grandes extracciones devastadoras. De una manera general, hasta la industrialización masiva de Europa entre el siglo XIV y XIX, la relación con la ecosfera ha sido pensada como “inter-

cambio” con las fuerzas naturales, a menudo sacralizadas en un cierto número de mitos o de cosmologías religiosas y no como una “transformación de la naturaleza”...».¹³

Ninguna civilización ha sido ecológicamente inocente, pero aquellas culturas «en las que el hombre es la fuerza productiva principal, la adaptación al ecosistema es el principio fundamental del funcionamiento de la sociedad».¹⁴ Han sido varios los autores¹⁵ que han insistido en el carácter energéticamente eficiente, ecológicamente conservacionista y alimentariamente suficiente de la forma de explotación campesina.¹⁶

Sin embargo, con la Revolución Industrial y los procesos de industrialización comenzó a acelerarse geoméricamente el consumo energético y el desequilibrio ambiental del planeta. Pero, ¿por qué precisamente con la industrialización? Nosotros creemos que esta relación expresa la estrecha conexión entre los orígenes y desarrollo de la crisis ecológica y los mecanismos más íntimos del sistema capitalista: *la acumulación capitalista está en el origen de la crisis ecológica*. En efecto, el capitalismo comenzó sometiendo el trabajo en las condiciones históricas en las que lo encontró. La producción y maximización de la plusvalía — que, como dijera Marx, constituía la «finalidad propulsora de la producción capitalista»¹⁷— se vehiculizó mediante jornadas interminables de trabajo y salarios de hambre, puesto que en primera instancia, el ca-

¹¹ Karl MARX, *El capital...*, Tomo II, cap. XX, págs. 350 y ss.

¹² Raúl ITURRA, «El grupo doméstico o la construcción coyuntural de la reproducción social». *Conferencia al IV Congreso de Antropología de España*. Abril de 1987, ejemplar mecanografiado, pág. 8. Sobre el concepto de reproducción social pueden verse los magníficos trabajos de Jak GOODY, *Production and Reproduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976; y Pierre BOURDIEU, «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction». *Annales*. Año 27, n.º 4-5, Julio-Octubre de 1972; del mismo autor: «De la regla a las estrategias», en *Cosas Dichas*. Buenos Aires: Gedisa, 1988, págs. 67-82.

¹³ Jean-Pierre DELÉAGE y Daniel HÉMERY, «De la eco-historia a la ecología-mundo». *Imprecor*, n.º 67, 1988, págs. I-VIII.

¹⁴ *Ibidem*, pág. IV.

¹⁵ Pablo CAMPOS y J.M. NAREDO, «La energía en los sistemas agrarios», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 15, 1980, págs. 17-110; véase también desde una perspectiva teórica el artículo de Juan MARTINEZ ALIER, «Ecologismo marxista y neorodnismo ecologista», en *Mientras Tanto*. n.º 39, 1989, págs. 145-152.

¹⁶ Víctor M. TOLEDO, «The ecological rationality of peasant production», en M. ALTIERI y S. HECHT (eds.), *Agroecology and Small farm development*. CRC Press, 1989, págs. 8 y 9; también «La resistencia ecológica del campesinado mexicano». *Ecología Política*, 1991, n.º 1, págs. 11-18.

¹⁷ Karl MARX, *El Capital...* Tomo I, cap. VII, pág. 175.

pital no transformó directamente el proceso de trabajo. Tan sólo lo subordinó a su lógica, lo «subsumió formalmente». ¹⁸

La energía contenida en la fuerza de trabajo empleada constituía, entonces, el aporte esencial al proceso de trabajo, componiendo la esencia de la plusvalía absoluta. Sin embargo, el trabajo excedente así generado no podía ampliarse sin limitaciones para su reproducción, por la imposibilidad de alargar más allá de un punto determinado la duración de la fuerza de trabajo y rebajar el salario por debajo del límite de la subsistencia. La manera en que históricamente se superaron tales limitaciones fue mediante el aumento de la capacidad productiva de la energía contenida en el trabajo.

Entre los métodos utilizados —cooperación, división del trabajo y mecanización de la industria— nos interesa especialmente este último. Los medios de trabajo se convirtieron, entonces, de simples herramientas en «piezas de un mecanismo» para cuyo funcionamiento la energía humana resultó insuficiente:

«La máquina de que arranca la revolución industrial sustituye al obrero que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una *masa* de herramientas iguales o parecidas a la vez y movida por una sola fuerza motriz, cualquiera que sea la forma de ésta. Pero —añade Marx más adelante— al ampliarse el volumen de la máquina de trabajo y multiplicarse el número de herramientas con que opera simultáneamente, se hace necesario un mecanismo motor más potente, y a su vez, este mecanismo, para poder vencer y dominar su propia resistencia, exige una fuerza motriz más potente que la humana... Cuando el hombre sólo interviene como

simple fuerza motriz: es decir, cuando su antigua herramienta ha dejado el puesto a una máquina instrumental, nada se opone a que sea sustituido también como fuerza motriz por las fuerzas naturales». ¹⁹

Pero Marx describió este proceso sin advertir que dichas «fuerzas naturales» tenían un periodo de reproducción o tiempo de reposición incomparablemente mayor que los ciclos productivos y que, por tanto, podían ser considerados como fuerzas naturales no renovables en la medida en que eran consumidas sin más en el proceso de trabajo industrial. Y en efecto, la base energética de la industrialización y de las sucesivas oleadas de la Revolución Industrial fue, por motivos de «eficiencia crematística» el carbón y, más tarde, el petróleo, combustibles fósiles no renovables. Tampoco intuyó Marx el carácter altamente entrópico de los procesos de trabajo capitalistas. Incluso, Engels rechazó la segunda ley de la termodinámica y, por tanto, la tendencia del modo de producción capitalista a la creciente generación de residuos y la externalización de su coste. El mecanismo típicamente capitalista de maximización del beneficio llevó, pues, a la progresiva mecanización de la producción; o dicho en términos de economía ecológica: a la progresiva adición (o sustitución de energía humana por) cantidades crecientes de materiales y combustibles fósiles —no renovables por tanto— en el proceso de trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas, como tendencia inmanente a la propia lógica del capitalismo, corría paralelo al receso, paradójicamente, de los recursos naturales, y a la producción de residuos dañinos.

En cambio, Marx sí advirtió el carácter expansivo del maquinismo como una necesidad inscrita en la propia dinámica de la acumulación capitalista. ²⁰ Si ésta no era si-

¹⁸ Karl MARX, *El Capital...*, Tomo I, págs. 240; 266-443; 476-488; 518; y 607 y ss.

¹⁹ Karl MARX, *El Capital...*, Tomo I, Cap. XIII, págs. 304 y 306.

²⁰ «Tan pronto —decía— cómo el movimiento creciente de rebeldía de la clase obrera obligó al Estado a acortar por la fuerza la jornada de trabajo, comenzando por dictar una jornada de trabajo normal para

las fábricas; a partir del momento en que se cerraba el paso para siempre de la producción intensiva de plusvalía mediante la *prolongación de la jornada de trabajo*, el capital se lanzó con todos sus bríos y con plena consciencia de sus actos a producir *plusvalía relativa*, acelerando los progresos del sistema maquinista» (Ibidem, Tomo I, Cp. XIII, pág. 337).

no la transformación de la plusvalía en capital, la mecanización creciente de los procesos de trabajo —por tanto, la maximización del beneficio posible impuesto por la competencia— era una necesidad requerida por la reproducción ampliada típica del Capitalismo.²¹ De esa manera, las mercancías, cuyo número había de crecer y diversificarse, eran el resultado del consumo cada vez mayor de energía y materiales del sistema industrial globalmente considerado, dentro de procesos de trabajo cada vez más complejos y sofisticados:

«Pero tan pronto como el régimen fabril adquiere cierta extensión y un cierto grado de madurez, sobre todo tan pronto como su base técnica, la maquinaria, es producida a su vez por máquinas, desde el momento en que se revoluciona la extracción de carbón y de hierro, la elaboración de los metales y el transporte y se crean todas las condiciones generales de producción que corresponden a la gran industria, este tipo de explotación sobra una *elasticidad*, una *capacidad súbita e intensiva de expansión* que sólo se detiene ante las trabas que oponen las materias primas y el mercado».²²

El tamaño de la industria, el número de mercancías y el consumo energético iban a crecer, además, en espiral debido a las propias tendencias y contratendencias de la acumulación capitalista. Marx habló de la —por otro lado muy discutida— tendencia decreciente de la tasa de beneficios, como consecuencia del aumento progresivo de la composición orgánica del capital, es decir, de la razón entre capital y fuerza de trabajo (más capital por unidad de trabajo). En tér-

minos de economía ecológica, esto significaba no sólo un consumo mayor de energía y materiales incorporado en dicho capital, sino una demanda aún mayor de aquellos, debido al tamaño ampliado del mismo.²³

Entre los factores que para Marx constituían *contratendencias* al decrecimiento de la tasa de beneficios, citaba dos de especial interés: el abaratamiento de los elementos del capital y el comercio exterior. El primero no sólo fue considerado por él como un efecto del propio desarrollo del maquinismo, sino como dependiente del segundo, que a más de abaratar el precio del «trabajo necesario» permite abaratar considerablemente los subsidios energéticos y los materiales consumidos en la expansión del capital, e incluso, incrementar —para reducir costes— la eficiencia con que la energía y los materiales son usados; ello permite, además, ampliar la escala de la producción nuevamente.

Ahora bien, los efectos del comercio exterior no pueden ser explicados —de acuerdo con esta óptica— únicamente desde la perspectiva del «intercambio desigual» del valor trabajo. Deben ser tenidos en cuenta la presión y la apropiación creciente sobre los recursos naturales de los países y zonas interiores a los mismos sometidos a dicho intercambio, como ya adviertiera Rosa Luxemburgo.²⁴

Por tanto, no se trata sólo de controlar los recursos que son estratégicos para la reproducción del Capitalismo, sino de abaratarlos para que esa reproducción pueda hacerse a escala ampliada: «La degradación del entorno —mantiene Dutry-Lambert²⁵— ha permitido, gracias a la gratuidad o a los bajos precios de las materias la rentabilidad del capital y asegurar, por tanto, su reproducción».

²¹ En este sentido Marx dejó claro que: «La reversión constante de plusvalía a capital adopta la forma de un *aumento del volumen del capital invertido en el proceso de producción*. A su vez, este aumento funciona como base para *ampliar la escala de la producción* y los métodos a ésta inherentes de reforzamiento de la fuerza productiva del trabajo y de producción acelerada de plusvalía... Por tanto, con la acumulación se desarrolla el régimen específicamente capitalista de producción, y el régimen específicamente capitalista impulsa la acumulación de capital» (Ibidem, pág. 528).

²² Ibidem, Tomo I, Cap. XIII, pág. 375.

²³ Karl MARX, *El Capital...*, Tomo III, Cap. XIII, pág. 214.

²⁴ Rosa LUXEMBURGO, *La acumulación del Capital*. Madrid: Ed. Orbis, 1985, págs. 140 y ss. Citado también en J.M. NAREDO, *La economía en evolución*. Madrid: Siglo XXI, 1987, pág. 179.

²⁵ «Crisis Económica y ecología», en DA CRUZ (ed.), *Crisis Económica y Ecología. Crisis Ecológica y Economía*. Madrid: Ediciones Miraguano, 1980, pág. 48.

Por último, nos interesa considerar aquí el aumento en la velocidad de rotación del capital —como otra más, aunque paradójica, contratendencia al decrecimiento de la tasa de beneficios— porque tiene dos efectos fundamentales: uno sobre la producción y otro sobre el consumo. Sobre la producción, acelerando el gasto de energías y materiales no renovables y disminuyendo, por tanto, el tiempo de rotación de manera incomparable con el tiempo de reposición de esos recursos consumidos. Y sobre el consumo, provocando un crecimiento y diversificación del número de las mercancías que deben ser adquiridas para reproducir el sistema.

En definitiva, aunque Marx no intuyera ni el carácter finito de los materiales y de ciertas fuentes de energía y, en cierta medida, rechazara implícitamente los postulados de la segunda ley de la termodinámica, en su pensamiento y en su metodología puede encontrarse una explicación de los orígenes de la crisis ecológica: el incremento de la productividad del trabajo humano, debido al deseo y necesidad capitalista de maximizar el beneficio o plusvalía más allá de los límites físicos de la fuerza de trabajo. En efecto, podríamos considerar la *explotación de la naturaleza como el reverso de la explotación del hombre* y viceversa. Para ello es preciso reconocer con J.P. Deléage que «la energía extraída de la naturaleza es generalmente mucho mayor que la energía gastada para su extracción»,²⁷ haciendo aplicable el concepto de excedente o valor excedente tanto a la fuerza de trabajo como a la energía y a los materiales. La única diferencia consistiría en la distinta consideración como «flujo» de la fuerza de trabajo y de «stock» de estos últimos.

De esta manera podríamos ampliar la teoría de la explotación de Marx a la naturaleza, al valor «recursos naturales»: de la

misma manera que el trabajador se ve despojado del producto de su trabajo, haciendo posible el beneficio capitalista, la Naturaleza es explotada para incrementar la productividad del trabajo mediante la externalización del coste generado por el uso de unos bienes limitados cuyo consumo produce, además, residuos. Dicho en otros términos, cuanto más trabajo humano es sustituido por energía y materiales en el proceso de trabajo para conseguir mayores beneficios, mayor es la necesidad del modo de producción capitalista de abaratar las materias primas y de expulsar de sus costes los creados por los desechos de la actividad productiva. *Sólo es posible incrementar la explotación del trabajo aumentando la explotación de la naturaleza.* La acumulación capitalista ha estado y está, pues, en el origen y desarrollo de la actual crisis ecológica.

Y ello nos lleva a la siguiente cuestión: ¿Podría el capitalismo asumir todas las desventajas externas generadas por la actividad productiva sin poner en peligro el propio mecanismo de la acumulación?²⁸ Si a los recursos no renovables (y a los desechos) se les imputa un valor acorde con su beneficio (o perjuicio) futuros, ¿no dificultarían estos costes añadidos la intensificación del trabajo humano y harían disminuir tanto la velocidad de rotación del capital como el consumo, a unos precios exorbitantes para productos hoy considerados básicos?

Antes nos referíamos a la visión organicista que las religiones propiciaron del hombre y de la naturaleza con anterioridad al predominio del capitalismo. Dicha visión, que hizo concebir el mundo como una gran entidad biológica, favoreció unas relaciones más o menos respetuosas con el medio. Sin embargo, cuando el papel de las religiones fue sustituido por la racionalidad del beneficio capitalista, por la nueva reli-

²⁶ Cf. J.M. NAREDO, *La economía en evolución*, Siglo XXI, Madrid 1987, pág. 157.

²⁷ J.P. DELÉAGE, «Ecomarxist Critique of Political Economy», in *Capitalism, Nature and Socialism*, n.º 3, Noviembre de 1989, pág. 22; el mismo autor hace una explicación más extensa de esta cuestión en su obra, *Les Servitudes de la Puissance. Une Histoire de*

l'énergie. Paris: Flammarion, 1986, págs. 45-46.

²⁸ Según plantea James O'Connor, tal posibilidad es bastante improbable en la actual situación de crisis ecológica y a la vez económica. James O'CONNOR, «Interdependencia global y socialismo ecológico», en *Mientras Tanto*, n.º 40, 1990, pág. 78.

gión: la ciencia y su expresión normativo-moral, la Economía.²⁹ las relaciones entre los hombres y la naturaleza cambiaron radicalmente.³⁰

Pero, si hemos explicado la íntima relación entre capitalismo y crisis ecológica, ¿por qué ésta era igualmente producto de la práctica social de los llamados regímenes «socialistas»? Muchas son las explicaciones que podríamos dar, pero de manera genérica diríamos que, tanto las ideas orientadas como los intereses creados por sus grupos dominantes, no constituyeron una alternativa real al sistema capitalista. Ahora bien, si ambos sistemas han compartido responsabilidad en la crisis ecológica, de ello no podemos concluir que el Ecologismo, que objetivamente debe ser anticapitalista, deba ser «antisocialista» y renunciar por ello a una dimensión socialmente emancipatoria. Creemos que es posible fundamentar en la tradición socialista una lectura que no haga de la emulación del capitalismo su principal objetivo, que no base en la acumulación de capital y el desarrollo a toda costa de las fuerzas productivas el bienestar de los agentes sociales. Porque ello conduce directamente a la perpetuación de la explotación y al agravamiento de la crisis ecológica. Sólo la ruptura de este mecanismo puede detener el deterioro ecológico. Socialismo y ecología deben, necesariamente, entenderse; la fusión entre ambas es posible en una *Alternativa Ecosocialista*. No es un discurso arcádico, primitivista o místico, pero tampoco es el discurso de la modernidad productivista. No renuncia a las aportaciones de Marx, pero las asume tras un replanteamiento crítico de su teoría. Y son muchos los aspectos de la misma que es preciso someter a revisión.

En este sentido la teoría de la explotación de Marx requiere una puesta al día urgente y, asociado a ésta, su interpretación dicotómica del conflicto social como motor del cambio. Hoy parece fuera de toda duda que el proceso histórico no está predetermi-

nado en cuanto a su fin último al margen de la voluntad de los hombres; por tanto, el pensamiento marxista debe despojarse de sus connotaciones hegelianas, especialmente en lo que se refiere a la misión histórica de la clase. Del mismo modo, parece fuera de duda que el desarrollo del capitalismo ha generado —frente a lo que pensaba Marx y la tradición marxista— una pluralidad de clases que se aleja del mencionado esquema dicotómico. Con ello deben revisarse los conceptos de «trabajo productivo» e «improductivo» que están en la base de la teoría del valor de Marx y que hoy son insostenibles.

Todo ello hace necesaria una revisión en profundidad de la idea marxista de un «conflicto primordial» y subordinador del resto. El reconocimiento de la existencia de una pluralidad de clases, en situación de lucha o conflicto múltiple, debe llevar a la consideración también plural del «sujeto revolucionario». Estos y otros posicionamientos críticos frente a la tradición marxista, deben, finalmente, despojarla del «cientifismo» sectario que hizo esta teoría excluyente con el resto de la tradición socialista.

OTRAS CORRIENTES SOCIALISTAS Y LA NUEVA ETICA ECOLOGICA

Dentro de la tradición socialista existieron algunas corrientes de pensamiento cuya recuperación no constituye para nosotros un ejercicio de arqueología académica o política sino la posibilidad de enraizar en ellas la nueva ética ecológica, dotándola de una proyección emancipatoria.

El Populismo Agrario Ruso

El Populismo constituye una tradición revolucionaria que se generó en Rusia pre-

²⁹ En este sentido véase el estudio de Maurice GODELIER, *L'idéal et le matériel. Pensée, économies, sociétés*. París: 1984, págs. 43-99, y sobre todo el de Karl POLANYI, *La Gran Transformación*. Madrid: Eds. de la Piqueta, 1989.

³⁰ José Manuel NAREDO, «La ideología del progreso y la producción encubre la práctica de la destrucción», en Humberto DACRUZ (ed.), *Crisis económica y Ecología*. Crisis ecológica y Economía..., págs. 109-110.

tendiendo evitar la implantación hegemónica del capitalismo en aquel país. Surgió a través del análisis de las instituciones tradicionales campesinas. Es posible diferenciar tres períodos distintos que se corresponden con tres diferentes corrientes internas del populismo agrario ruso:

1. La *Fundacional*, representada por Herzen y Chernyshevski. Ambos autores, aunque de manera más nítida el segundo que el primero, creían que fortaleciendo las formas de acción solidaria que generaba la organización social colectivista campesina era posible evitar el sufrimiento y explotación que sobre las comunidades rurales generaban los procesos de industrialización capitalista. Ambos autores desarrollaron también una apasionada práctica intelectual a favor del campesinado, convencidos de que la *instancia moral* que representaba la comuna (Herzen) y las *posibilidades* de su adaptación institucional a través de *modernas cooperativas agrarias* (Chernyshevski) constituían la palanca que podía permitir el salto al socialismo sin la necesidad de descender al infierno del capitalismo.

2. *El Populismo Clásico* constituye la etapa de maduración teórica. Las obras de Tkachev, Peter Lavrovich Lavrov, Nicolai Mikhailovski y Bervi-Flerovski constituyen la aportación más destacada del esquema teórico y de la práctica política populista. Aquí sólo vamos a destacar algunos elementos de interés para nuestro discurso. Todos parten de la llamada «Sociología Subjetiva» o «método subjetivo», cuyo elemento básico lo constituye «la primacía del pensamiento y voluntad humanos» sobre el resto de los factores que intervienen en el proceso histórico. Ello no quiere decir que no existan ciertas leyes objetivas en el desarrollo de la sociedad, sino que éstas pueden ser trastocadas por las «fuerzas sociales» en condiciones adecuadas. Fue Lavrov quien

desarrolló gran parte de este planteamiento «subjetivista». Su fe en la «comuna campesina» como posible núcleo del socialismo en Rusia iba unida a la incorporación de la técnica a aquélla: a la *Intelligentsia* le correspondía jugar ese papel de fundirse con el pueblo e incorporar la moral y ética campesinas a la tecnología.

Si Lavrov mantuvo actitudes revolucionarias, Mikhailovski perteneció a la corriente liberal del populismo. La polémica de ambos autores junto con Tkachev acerca de la naturaleza del progreso contribuyeron decisivamente a la clarificación teórica del populismo en no pocas cuestiones y resultan hoy de gran interés. En efecto, Mikhailovski llevó a cabo una interpretación sociológica de la historia en base a la reelaboración del concepto de progreso. Mediante un análisis de las formas históricas de trabajo llegó a la conclusión de que el paso de la cooperación simple entre personas a las formas complejas de organización del trabajo iba ineluctablemente unido al tránsito de formas de organización social igualitarias a otras diferenciadas y jerarquizadas producto de la especialización. La pérdida de los sentimientos de solidaridad, generados en la cooperación simple, era la consecuencia de los objetivos separados y autónomos de las formas complejas de organización del trabajo³¹. Como señala Leszek Kolakowski: «Mikhailovski intentó integrar la cuestión agraria rusa en una filosofía social basada en principios personalistas y moralistas». El capitalismo significaba la pauperización del espíritu y del cuerpo: rompía los lazos de solidaridad y atomizaba la sociedad universalizando el espíritu de competencia y de lucha. Sin embargo, Rusia había preservado en la comuna rural una forma de organización social que podía obstruir el camino al capitalismo. La *obshina* se basaba en la cooperación simple, y no compleja, y dejaba

³¹ Sobre estos autores CF. C.M. EDIE, J.L. SCALLEN and M.B. ZELDIN, (eds.), *Russian Philosophy*. Chicago: The Quadrangle Books, 1965, Vol. II, pág. 131 y ss.; Fernando CLAUDIN, «Prólogo» a V.I. LENIN, *Contenido económico del populismo*. Madrid: Siglo XXI, 1974, págs. 10 y ss; Andrzej WALICKI, *Populismo y marxismo en Rusia*. Barcelona: Estela,

1971, págs. 27-34 y 69-71; Teodor SHANIN (ed.), *Late Marx and the Russian Road*. London. Routledge and Kegan Paul, 1984, págs. 172-178 y 181-203 (Edición castellana en Madrid: Ed. Revolución, 1990); Franco VENTURI, *El Populismo Ruso*. Madrid: Revista de Occidente, 1975, tomo II, págs. 738-756.

abierto a un desarrollo personal de carácter general: sus miembros alcanzaban su prosperidad conjuntamente y vivían en estado de solidaridad y no de competencia. En su forma actual no era un ideal, sino que la tarea consistía en superar los obstáculos externos que impedían su desarrollo y no fomentar los factores negativos en nombre del progreso «abstracto»³².

3. La tercera corriente populista está constituida por el *Anarquismo Agrario*³³, configurado a partir de las aportaciones de Bakunin y Kropotkin. Para Bakunin, como para los demás populistas, la revolución campesina como alianza con otros sectores revolucionarios podía evitar el desarrollo del capitalismo que tendía a instalar una forma de dominación industrial que transformaba el natural sistema de «valores humanos». El carácter revolucionario, la naturaleza rebelde y socialista del campesinado ruso era producto de su específica cultura surgida de sus formas de organización colectivista. Para él, la *obshina* era la forma de organización de la economía en las aldeas según la cual la tierra de la comunidad aldeana era repartida entre sus unidades familiares de acuerdo con el número de miembros que poseían.

No obstante, para los campesinos la propia *obshina* formaba parte de la comunidad global no sólo como unidad social y económica sino también como *instancia moral* que imponía la justicia sobre la comunidad social: *el mir*. Su pensamiento sobre el tema fue poco a poco clarificándose hasta analizar con mayor detalle los «aspectos positivos y negativos» de la comuna como base de la revolución social. En 1873 publicó un apéndice sobre la situación en Rusia dentro de su trabajo *Estatismo y Anarquía* que, al ser suprimido de la segunda edición rusa, es menos conocido³⁴. En él explora las posibilidades de la comuna rusa como germen

revolucionario, viendo en ella tres aspectos negativos: «El patriarcado, como forma despótica de organización social de la familia campesina»; «La absorción de la personalidad por la comunidad»; y «La fe en el Zar». La posible existencia de un cuarto factor, presente para Bakunin en otras sociedades campesinas occidentales, «no tiene para el pueblo ruso esa importancia. La Iglesia es para el pueblo ruso una taberna celeste donde se emborracha y se olvida de su miseria».

No obstante, *las zonas vacías del capitalismo* permitirían generar una revolución que culminaría en una Europa socialista. Éstas eran la periferia europea, donde aún existía el «ideal proletario de los países latinos». El campesinado ruso poseía los elementos capaces de generar esa dinámica revolucionaria y eran los siguientes: en primer lugar, «La convicción de que la tierra pertenecía al pueblo, que la trabajaba»; la propiedad era, por tanto, algo colectivo que no admitía la apropiación individual; el concepto de propiedad capitalista no tenía sentido para la tierra dentro de la cultura campesina rusa. En segundo lugar, «El uso de la tierra no pertenece al individuo sino a la comunidad», siendo ésta la que regula su utilización; los criterios de su distribución formaban parte de una «ética campesina» y de una lógica económica ajena al capitalismo y a sus formas de competencia. Y en tercer lugar, «La casi absoluta autonomía, como autoadministración y por tanto la existencia de una actitud claramente hostil de la comuna campesina hacia el «Estado»; el autogobierno local y la democracia directa campesinas permitirían romper las estructuras de poder generadas por la organización estatal.

Por su parte, Kropotkin desarrolló bastantes aspectos del pensamiento bakuninista, pero sobre todo se centró en desvelar las

³² Leszek KOLAKOWSKI, *Las principales corrientes del Marxismo. II: La Edad de Oro*. Madrid: Alianza, 1982, págs. 317-318. J.M. EDIE, J.L. SCALAN Y M.B. ZELDIN (eds.), *Russian Philosophy...* Vol. II, págs. 117-187; Teodor SHANIN, *Late Marx...*, págs. 175-176; Andrzej WALICKI, *Populismo y marxismo...*, págs. 39-62.

³³ Cf. Eduardo SEVILLA GUZMAN, «Hacia una caracterización del Anarquismo Agrario», en S. SE-

VILLA GUZMAN y K. HEISEL (eds.), *Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía*. Córdoba: ediciones de la Posada, 1988, págs. 23-24.

³⁴ Max NETTLAU, «Prólogo» a M.I. BAKUNIN, *Estatismo y Anarquía* (la edición de 1873). Madrid: Orbis, 1984, págs. 4-50; Paul AVRICH, *Los anarquistas rusos*. Madrid: Alianza Editorial, 1974; M. BAKUNINE, *Oeuvres*. París: Stok, 1913, Vol. VI.

condiciones históricas que generaban el «instinto socialista» en el campesinado y en diseñar formas futuras de organización social alternativas a las que estaba desarrollando el capitalismo. Su trabajo más acabado, la *Ayuda Mutua*, escrito en 1888 y 1896, fue una réplica al socialdarwinismo. Intentó falsear las «teorías corrientes de los economistas burgueses y de algunos socialistas» que predicaban la incapacidad natural de la comuna campesina y su lógica desaparición; por el contrario, los sistemas políticos que se fueron formando en Europa se empeñaron en destruirla. Para Kropotkin, la organización sociopolítica campesina generaba vínculos de solidaridad con un potencial revolucionario, conceptualizando la *ayuda mutua* como una fuerza histórica de progreso moral.³⁵

Resumen, el Populismo Ruso, como práctica intelectual y política, pretendió elaborar una estrategia contra el capitalismo con los siguientes rasgos:

a) Los sistemas de organización política generados en el seno del capitalismo constituyen formas de dominación y sometimiento sobre el pueblo que pretenden legitimarse con falsas fórmulas de participación democrática.

b) Los sistemas de legalidad así establecidos desarrollan un progreso material que va contra el desarrollo físico, intelectual y moral del individuo.

c) En las formas de organización colectiva del campesinado ruso existe un «estado de solidaridad» contrario a la naturaleza competitiva del capitalismo.

d) Es posible frenar el desarrollo del capitalismo en Rusia mediante la extensión de las relaciones sociales del colectivismo campesino al resto de la sociedad.

e) Los intelectuales críticos deben *fundirse con el pueblo* para desarrollar con él, en pie de igualdad, las formas de cooperación solidaria que permitan crear formas de progreso a las que se incorpore la justicia y la moral.

³⁵ P. KROPOTKIN, *Ayuda Mutua* (1.ª Edición en 1920). Madrid: ZYX, 1970, págs. 143 y 167-168; su esquema teórico del cambio en el proceso histórico europeo aparece también en la revista *Les Temps Nouveaux*, según su discurso pronunciado en París en

El Populismo de Marx

Ya dijimos antes que estos papeles no pretendían rescatar a toda costa el pensamiento de Marx en su globalidad sino señalar aspectos esenciales de su construcción teórica que pueden contradecir, incluso, la interpretación marxista tradicional y servir para fundamentar teóricamente una alternativa ecosocialista. En este sentido se han señalado ya varios «atisbos» ecológicos de Marx.³⁶ Por nuestra parte, vamos a hacer hincapié en la consideración que Marx tuvo al final de su vida de la comuna y del populismo rusos y que le hicieron dudar y finalmente admitir esquemas evolutivos de la humanidad ciertamente multilineales, alejados por tanto de la «superioridad del capitalismo» como fase necesaria para la construcción del socialismo. Esta rectificación de Marx puede fundamentar una concepción de la emancipación social (el socialismo) no basada en el progreso material ilimitado y sí en una dimensión ética.

Ante las crecientes posibilidades revolucionarias de Rusia, Marx se vio atraído por la evolución de las comunidades rurales, por un lado, y el papel del campesinado en el proceso histórico por otro. En torno a los años setenta, Marx y Engels tuvieron que enfrentarse con uno de los problemas centrales planteados por el populismo ruso: el paso de una sociedad precapitalista a otra socialista sin pasar por el capitalismo. Centrar su análisis en la evolución de la comunidad campesina rusa, pero por motivos colaterales hubieron de abordar el estudio de la comunidad germánica y, de forma general, la desintegración de las comunidades primitivas.

Marx se refirió a este problema con motivo de una carta que, a finales de 1877, escribió en respuesta al artículo «Karl Marx ante el tribunal del señor Zhukovski», redactado por Mikhailovski, editor del *Otchestviennie Zapiski* (Notas sobre la Patria). En esta carta, que no llegó a ser en-

1896, en el que desarrolla su visión del surgimiento de la autoridad, personificada en el «Estado y su papel histórico», título de la conferencia recogida en P. KROPOTKIN, *Panfletos Revolucionarios*. Madrid: Ayuso, 1977, págs. 207-246; Cfr. también Angel PA-

viada y se hizo pública después de su muerte, Marx salió al paso de la errónea interpretación que, en el referido artículo, hacía Mikhailovski del marxismo como una teoría universal del desarrollo histórico. Marx puntualizó que con el capítulo dedicado en *El Capital* a la acumulación primitiva, solamente trató de indicar la vía a través de la cual el Occidente europeo evolucionó desde el feudalismo al capitalismo, sin pretender en manera alguna extender mecánicamente este proceso europeo al resto de los países del mundo.³⁷ Asimismo, refiriéndose a Rusia, Marx confirmó la posibilidad de construir una vía de desarrollo económico alternativa a la occidental, evitando de este modo «los tormentos del régimen capitalista», siempre que el camino del desarrollo capitalista emprendido con la reforma de 1861 no siguiese adelante.³⁸

Vera Zasulich en carta escrita el 16 de febrero de 1881, planteó nuevamente a Marx estas cuestiones al solicitar su opinión sobre las tesis de la condena de la comuna campesina rusa y la inevitabilidad del proceso histórico capitalista. Zasulich formaba parte del *Chorny peredel*; título de la revista de una de las dos facciones (la otra fue *Narodnaia Volia*), en que se había subdividido *Zemlia y Volia* hacia 1879. En la carta de 8 de marzo de 1881 con sus esbozos previos, en la que contestó a Vera Zasulich sobre las posibles vías revolucionarias en Rusia, Marx se mostró contrario a una sucesión lineal del proceso histórico: el curso que tomara una formación social vendría dado por el medio histórico en el cual se desarrollara. Su posicionamiento frente a la evolución de la comuna rusa permite una interpretación populista del último Marx.³⁹

LERM. *Historia de la etnología: los evolucionistas*. México: CISINAH, 1976, págs. 151-156. La influencia del populismo ruso (que inventó el eslogan «Tierra y Libertad») es evidente en el caso del agrarismo mexicano: parafraseando a Womack, diríamos que Zapata y su movimiento hicieron una revolución precisamente porque *no* querían cambiar en una dirección modernizadora y capitalista.

³⁶ Cfr. en este sentido M. SACRISTAN LUZON, «Algunos atisbos político-ecológicos de Marx», en *Mientras Tanto*, n.º 21, 1984, págs. 39-50; véase también Albino PRADA BLANCO, «Ecología y Valor. El problema ecológico en Marx», en *Mientras Tanto*, n.º 19, 1984, págs. 91-100.

Para él, la comuna rusa de su época era uno de los tipos más recientes de comunidades agrícolas, el último eslabón contemporáneo de la cadena de comunidades integrantes de la formación social arcaica. La comunidad rural rusa se distinguía por su *dualismo*: propiedad en común de la tierra y explotación individual de las parcelas. La propiedad colectiva del suelo y las relaciones sociales derivadas de ello le proporcionaban unas bases sólidas, mientras que la casa y el corral —dominio exclusivo de las familias—, el cultivo parcelario del suelo y la apropiación individual de sus frutos daban paso a un individualismo incompatible con unas estructuras sociales comunales. El elemento de propiedad privada podía prevalecer en el futuro sobre el elemento colectivo o viceversa. Negando la inevitabilidad histórica de la desintegración de las comunidades agrícolas, Marx afirmó que todas las alternativas eran posibles: el que sucediese una u otra manera dependía del medio histórico; la teoría de la «vuelta atrás» de Chernyshevsky era, por tanto, una posibilidad teórica para Marx.

Estos textos fundamentales, en los que Marx esbozó una teoría multilineal de la evolución histórica o expuso su posicionamiento en el debate sobre las posibilidades revolucionarias de la obshina rusa, aparecieron publicados por primera vez ya entrado el siglo XX. De este modo, los efectos teóricos y políticos que podían derivarse de los mismos, en los momentos decisivos como el de la constitución y desarrollo del primer Estado «comunista», precisamente en Rusia, quedaron truncados.⁴⁰ La mayoría de los teóricos marxistas, tanto soviéticos como europeos, se inspiraron en una con-

³⁷ Mikhailovski, Voporitsov y Krivenko interpretaron esta carta como un apoyo de Marx por sus ideas en contra del naciente marxismo ruso. Cfr. Andrzej WALICKI, *Populismo y Marxismo en Rusia...*, págs. 136-137.

³⁸ «Carta al director del 'Otiechestvienne Zapiski», en M. GODELIER, *Sobre el modo de producción asiático. Marx y Engels*. Barcelona: Ed. Martínez Roca, 1972, págs. 168 y 170-171.

³⁹ Para una interpretación semejante, cf. Teodor SHANIN (ed.), *Late Marx and the Russian Road*, págs. 95-137, traducción cast. Ed. Revolución, Madrid.

⁴⁰ Por ejemplo, Mariátegui, que tan próximo estu-

cepción excesivamente general del proceso histórico según la cual el «progreso» estaba determinado forzosamente por el crecimiento de las «fuerzas productivas»; el énfasis en los aspectos positivos del capitalismo, la inevitabilidad del mismo y en general su papel revolucionario que le dictaban las «fuerzas de la Historia».

El Neopopulismo de Chayanov

Como es bien sabido, Chayanov perteneció a la tradición revolucionaria del populismo ruso y estuvo fuertemente influido por el pensamiento teórico de Marx, «al que siguió de manera crítica y nunca servil»⁴¹, de tal manera que en él confluyeron dos corrientes teóricas y prácticas cuya síntesis aquí denominamos como «Neopopulismo» o «Neonarodnismo». Respecto a Marx, el papel sintetizador de la obra de Chayanov aparece al menos a través de dos claras conexiones teóricas. Por un lado, a través de la vinculación entre la teoría de los modos de producción y las formaciones socioeconómicas que subyacen a los *Cuadernos Etnológicos* de Marx en el contexto de los «Formen» y «Grundrisse», y la concepción macrosocioeconómica de Chayanov, lo que le permitió afirmar la coexis-

vo de un marxismo pro-campesino, no los conoció. Cf. José ARICO (ed.), «Introducción» a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Pasado y Presente, 1980.

⁴¹ Angel PALERM, *Modos de producción y formaciones socioeconómicas*. México: Edicol, 1976, págs. 138 y 139.

⁴² Alexander CHAYANOV, «Zur Frage einer Theorie der Nichtkapitalischen Wirtschaftssysteme», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1924. Publicado en inglés en A.V. CHAYANOV, *The Theory of Peasant Economy*. Homewood, Ill: The American Economic Association, 1966, en edición de B. Kerblay, B. Smith y D. Thorner. Reeditado en 1986 con un prólogo de Teodor Shanin (Cfr. *Agricultura y Sociedad*, n.º 48, 1988). Hay una traducción francesa como «Sur la théorie des systèmes économiques non-capitalistes», en *Analyse et Prévision*. Vol. XIII, n.º 1, 1972. No existe, sin embargo, edición castellana completa de este trabajo del que aparece una selección en Angel PALERM, *Modos de producción...*, págs. 140-149.

⁴³ Este planteamiento teórico ha sido especialmente percibido por los historiadores económicos del precapitalismo. Cfr. Karl POLANYI, K. ARENBERG y

tencia de distintos órdenes económicos del pasado y presente en una misma realidad histórica. Con ello rompía con los contenidos teleológicos de los esquemas unilineales del pensamiento de la izquierda y con la teoría leninista de la irreconciliabilidad de los modos de producción⁴².

Para Chayanov, no existían formas de explotación uniformemente capitalistas o uniformemente feudales, sino que *coexistían*, actuando simultáneamente, una pluralidad de sistemas económicos.⁴³ Con ello Chayanov rechazaba las concepciones hegelianas usuales que posponían, hasta que se hubiesen completado todas las etapas de un inmodificable curso de la historia, la construcción de las bases sociales de una sociedad emancipada.⁴⁴

La segunda conexión entre el Marx que aceptaba la diversidad de vías al socialismo, y Chayanov se establecía en que éste, mediante su modelo de «Agronomía social», reivindicaba un posible desarrollo histórico sin romper la especificidad cultural de la forma de explotación campesina que significaba una alternativa al capitalismo. La perversión del «marxismo tradicional», de la ineluctable necesidad de bajar al infierno del capitalismo para ascender al cielo socialista y del papel demiúrgico de las fuerzas productivas quedaba así rota.⁴⁵

H.W. PEARSON (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*. New York: The Free Press, 1957 (hay traducción castellana en Lábor, Barcelona) y Maurice GODELIER (Ed.) *Un domaine contesté: l'anthropologie économique*. Paris: École Pratique des Hautes Études et Mouton, 1974.

⁴⁴ Alexander V. CHAYANOV, «Textos» en Angel PALERM, *Modos de producción...*, págs. 140-149, pág. 148.

⁴⁵ La «Agronomía Social» fue, por primera vez, globalmente presentada por Chayanov en sus *Principios y métodos operativos de la Agronomía social* en 1918 (Osnornye idei i metodi raboty obschestvennoj agronomii) y reeditada en 1921 por el Comisariado para la Agricultura para quien trabajaba el Instituto que presidía Chayanov. Una excelente selección de esta obra, realizada por Fiorenzo Sperotto, puede verse en A.V. CHAYANOV, *L'Economia di Lavoro*. Milán: Franco Angeli/Insor, 1988, págs. 175-226. Sobre este trabajo existe una penetrante exposición también de F. Sperotto en su tesis doctoral *Planificazione Liberale e Socialismo dei Campifamiglia*. Facoltà di Economia e Commercio. Università degli Studi di Modena, 1985, Tomo II, págs. 215-237.

Con respecto al Populismo Ruso la conexión es evidente: más que una conexión teórica, existe una auténtica continuidad en su práctica intelectual y, más aún, una adaptación del pensamiento y de la práctica populista a la forma de razonar que entendemos por «científica». La incorporación de la crítica populista a las fórmulas de falsa participación democrática que conlleva el capitalismo, son traducidas a una *estrategia metodológica desde abajo* que pretende obtener la participación solidaria desde la producción al incorporar a ésta dispositivos democráticos de toma de decisiones. El germen de la desigualdad que radica en la división social del trabajo ha de neutralizarse, según Chayanov, mediante formas asociativas voluntarias.⁴⁶

Otro de los elementos clave del pensamiento de Chayanov es su continuado esfuerzo de redefinición del concepto de progreso, elemento éste central también del Populismo Ruso. La lógica del campesinado y las bases teóricas que subyacen a las estrategias de movilidad de los modelos chayanovianos poseen una «economía moral» ajena al concepto de modernización, traducción actual del histórico progreso. Y es, efectivamente, a partir de la caracterización de una ética distinta a la del capitalismo, en la que se descubren valores emancipatorios, donde Chayanov fundamenta la existencia de una racionalidad campesina de la subsistencia frente a la racionalidad del lucro y del despilfarro.

Para Chayanov, la lógica económica del campesinado se basa en la existencia de una *fuerza de trabajo familiar* y en la satisfacción de la demanda de la unidad económica familiar campesina, por lo que los mecanismos a través de los que operan son esencialmente diferentes a los de la economía capitalista.⁴⁷ Además, esta lógica económica campesina ha de interpretarse en el marco social de la comunidad campesina donde la *ayuda mutua* implica un sistema de soli-

daridad que algunos antropólogos han tratado de caracterizar como «forma de intercambio de reciprocidad generalizada».

Para Chayanov; «el volumen de la actividad económica familiar tanto en la agricultura como en la artesanía y el comercio» no responde a la búsqueda de ganancias (no pretende acumular), sino que está sujeto al producto total obtenido tanto en la cosecha como en las actividades no agrarias.⁴⁸ Dicho en otras palabras, lo que determina el empleo de un nivel determinado de fuerza de trabajo no es la retribución a ésta, ya que para el campesinado no existe el concepto de salario. El campesinado —para Chayanov— mide *subjetivamente* los insumos de su trabajo: son las necesidades que hay que satisfacer las que originan la organización económica de la producción campesina. De esta forma, la intensidad del trabajo no depende, pues, de la disciplina de la fábrica, ni de los incentivos de primas o destajos, sino de la relación consumidores/trabajadores en cada unidad familiar.

En consonancia con el Populismo clásico, Chayanov reconoció al campesinado un potencial anticapitalista y socialista que el marxismo tradicional rechazaba. Con ello reconocía una multiplicidad de sujetos actuantes en la tarea de la emancipación social, antes sólo reservada para el proletariado. Cualquier grupo social objetivamente «enfrentado» al sistema podía —partiendo de sus propias condiciones sociales— contribuir al cambio social sin subordinarse al papel dirigente de una única clase con capacidad revolucionaria.

La penetración del capital en la agricultura rusa podría ser evitada, según Chayanov, debilitando su capacidad transformadora mediante «las organizaciones de los campesinos y/o las contradicciones entre capitalistas».⁴⁹ Proponía en esta dirección la fundación de organizaciones cooperativas que a modo de sistemas de «socialización del trabajo» se articulasen a

⁴⁶ A.V. CHAYANOV, *Osnovnye idei...*, págs. 105 y ss., en F. SPEROTTO, *Planificazione Liberale e Socialismo...*, pág. 227.

⁴⁷ Cfr. Eduardo SEVILLA GUZMAN, «El Campesinado», en *Tratado de Sociología*. Madrid: Tau-rus, 1988, págs. 366-399, págs. 372.

⁴⁸ A.V. CHAYANOV, *The Theory of Peasant Economy...*, pág. 70.

⁴⁹ Y en efecto, los estudios realizados sobre movimientos campesinos han mostrado la eficacia de la resistencia campesina frente al capitalismo.

nivel de producción como «democracias de base», y el establecimiento de formas de coordinación que controlasen el capital comercial en el nivel de los procesos de comercialización. De esta forma «se puede establecer un tipo de "concentración vertical" diferente, que incluso puede llegar a desempeñar un papel crucial en la transformación socialista de la sociedad».⁵⁰

La extensión de las relaciones sociales impregnadas por una ética solidaria al conjunto de la sociedad fue otra de las características que partiendo del Populismo⁵¹ fueron reivindicadas dentro de su esquema de desarrollo agrario alternativo (Agronomía Social). Chayanov fue un intelectual en cuya práctica la denuncia del desarrollo desigual y del capitalismo de Estado sirvieron de soporte a la búsqueda de una «ecología social» como alternativa; en ella, la solidaridad y la lógica campesinas pretendían erigirse en el centro rector de formas de desarrollo alternativo en las que la tecnología debía adaptarse a los marcos culturales locales.

Por un «Neopopulismo» ecológico

La mayoría de los movimientos ecologistas plantean la necesidad de una salida a la crisis que se base en la emergencia de una sensibilidad alternativa. La teorización que los autores señalados hicieron del campesinado muestra no sólo que una nueva moral distinta a la capitalista es posible, sino que los contenidos de la lógica campesina, al estar basados en la satisfacción de las necesidades indispensables y en una forma de producción adaptada a ese objetivo, ofrecen elementos de interés para su configuración. La «nueva moral» está, pues, más cerca de la «economía moral del campesinado» que de la lógica de la «acumulación capitalista», tanto por su carácter energéticamente eficiente como por los valores po-

sitivos que conlleva su relación con el medio.

Del mismo modo, la elaboración de un marco teórico-heterodoxo de desarrollo de la humanidad que estos autores hicieron, marca un punto de partida para la elaboración de nuevas teorías alejadas de la teleología y el crecimiento ilimitado. Aunque no fueron ecologistas en el sentido que hoy damos a esa palabra, su reconocimiento de los costes sociales de la modernización, asociada al crecimiento irrefrenable de la producción y del consumo, les llevaron a rechazar el concepto mismo de progreso y el papel demiúrgico de las fuerzas productivas y a reivindicar su subordinación a una dimensión igualitaria y solidaria de la sociedad.

De acuerdo con los autores mencionados, los agentes del cambio social no quedaban circunscritos a la clase obrera, al proceso revolucionario para emprenderlo. El cambio era posible desde ahora y lo podrían acometer todos aquellos grupos sociales afectados por los desequilibrios de todo tipo generados por el Capitalismo. En este sentido, tanto los populistas como Chayanov teorizaron sobre la democracia de base, la solidaridad y la ayuda mutua, en fin, sobre la autorregulación política local que constituía la práctica social del campesinado ruso. Esta práctica conecta perfectamente con el carácter confederativo, descentralizado y pluralista que debe tener y en cierta medida tiene el movimiento alternativo y que se plasma en una de sus frases emblemáticas: «pensar globalmente, actuar localmente». Esta dimensión comunitaria estaba ya presente en el campesinado como una de las formas características de organización y práctica social, donde la «cultura propia» —como suministradora de «seguridad ontológica», del sentido de las rutinas diarias y de la identidad— constituía el horizonte simbólico que guiaba la acción. Son precisamente estos rasgos de fragmentariedad, de recuperación de las identidades sometidas al peligro de la acul-

⁵⁰ Teodor SHANIN, «El mensaje de Chayanov: aclaraciones, faltas de comprensión y la teoría de desarrollo contemporáneo», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 48, 1988, págs. 141-172, pág. 150.

⁵¹ Donde se llevó a cabo el más completo análisis

del tema sigue siendo en Franco VENTURI, *Il Populismo Russo*. Torino: Giulio Einaudi editore, 1952. Hay traducción castellana en Madrid: Revista de Occidente, 1975 y Madrid: Alianza Universidad, 1981.

turación, unidas al ejercicio lo más democrático y autoorganizado posible de la soberanía, los que fundamentan, por otra parte, muchos de los nuevos nacionalismos no estatalistas.

Por último, los autores citados nos muestran un camino interesante: si la comuna campesina, como «zona vacía del capitalismo» podía ser el soporte de un ideal emancipatorio, por presentar una ética y una organización de la producción distintas, los movimientos ecologistas deberían igualmente apoyarse en las «zonas vacías», en los valores y actitudes aún no pervertidos por la lógica del capitalismo para levantar alternativas al sistema. No se trata, únicamente, de aquellas formas de producción subordinadas al Capitalismo y, que por tanto, coexisten con él (y que no sólo se dan en la periferia, sino que constituyen también periferia en el interior del centro capitalista), sino de aquellos aspectos de «nuestra existencia social» que el capitalismo no ha necesitado o no ha podido pervertir; en este sentido, las formas de la «cultura popular», de ayuda mutua, de cierto tipo de vínculos solidarios, etc., pue-

den ayudar a que la «razón» ecológica se socialice.

Pero para ello no basta con difundirla en estado puro. Precisamente la tradición populista muestra la importancia de los factores subjetivos en la difusión de sus planteamientos, que llegaron incluso a teorizar en el método de la «sociología subjetiva». No se trata, pues, de difundir la razón ecológica —producto de un análisis que se pretende objetivo— sino de hacerlo en consonancia con las percepciones sociales que de la misma se tienen y con las mediaciones culturales adecuadas para su socialización. En definitiva, la tradición populista y su marco teórico puede hoy contribuir a un mayor entendimiento entre el ideal emancipatorio socialista y el Ecologismo político a través de los valores que aporta aquél y que necesita ésta, dando lugar a una nueva corriente que denominamos «Neopopulismo Ecológico» y que —como creemos haber mostrado— no sólo es útil para los movimientos ecologistas del Tercer Mundo sino también para fundamentar en el «mundo desarrollado» un «Ecologismo de los Pobres».